

Las flores de la Antártica

Arumanthi Andrea Mora Barrientos

El viento helado chocaba contra su cuerpo, sus patas tocaban la blanca nieve dándole escalofríos que le erizaban los pelos, sus alas parecían entumecidas. Se entregó a la muerte en bandeja ¿Por qué estaba ahí? Una fría ráfaga lo golpeó y recordó: “Las primeras flores emergieron en la Antártica”. Esta noticia causó caos en ASOSI (Asociación Secreta de Insectos) por lo que lo eligieron a él para realizar la complicada misión, polinizar la Antártica. Era su conejillo de Indias, pero no se pudo negar y ya había llegado.

Su tarea era “fácil”, haría lo mismo que hace en cualquier otra parte, solo que estaba a -100° Celsius según su criterio. Pesimista, decidió investigar el lugar. A la vista no vio ningún insecto conocido. Claro ¿quién sería capaz de vivir en esas condiciones? Trató de volar, pero sus alas seguían entumecidas, por lo que caminó y de repente vio algo cruzar el cielo. No sabía que era, nunca había visto uno igual. Decidió esconderse entre la nieve, pero debido a su chaleco naranja no se camufló.

- ¿Tú quién eres? Y ¿qué haces por aquí? -preguntó el insecto de largas patas y alas.

-Vengo por parte de la ASOSI, a polinizar la Antártica -respondió.

- ¿Un abejorro chileno? ¿A polinizar? Ya, ven conmigo -contestó la mosca Antártica alada y, ofendido, el abejorro la siguió.

El trayecto no fue largo, para su suerte y cuando llegó se encontraron con la Bélgica Antártica, quien le explicó la situación.

-Nosotros somos los únicos insectos de acá, incapaces de polinizar, por eso le pedimos ayuda a ASOSI.

El abejorro quedó impactado, sabía que estaba mal, pero era parte de su trabajo. Ver este hermoso campo floreado en la orilla lo hizo reflexionar. “Los humanos están cavando su propia tumba”, pensó. Dio una pausa y empezó con su labor.

Pasó los días trabajando arduamente. Ya se había acostumbrado al frío y se comunicaba con ASOSI para que estuvieran al tanto de las condiciones del lugar. Sin embargo, sentía culpa, ya que contribuía al cambio climático. Sabía que esa responsabilidad no caía en él, pero polinizando esas flores no hacía lo mejor. Entendía que no podía ponerse el título de culpable, la culpa era de los humanos, pero a este punto el problema se salió de las inmensas manos de esos seres, tan grandes como las montañas de dinero que generaban por hacerle daño a su propio ecosistema.